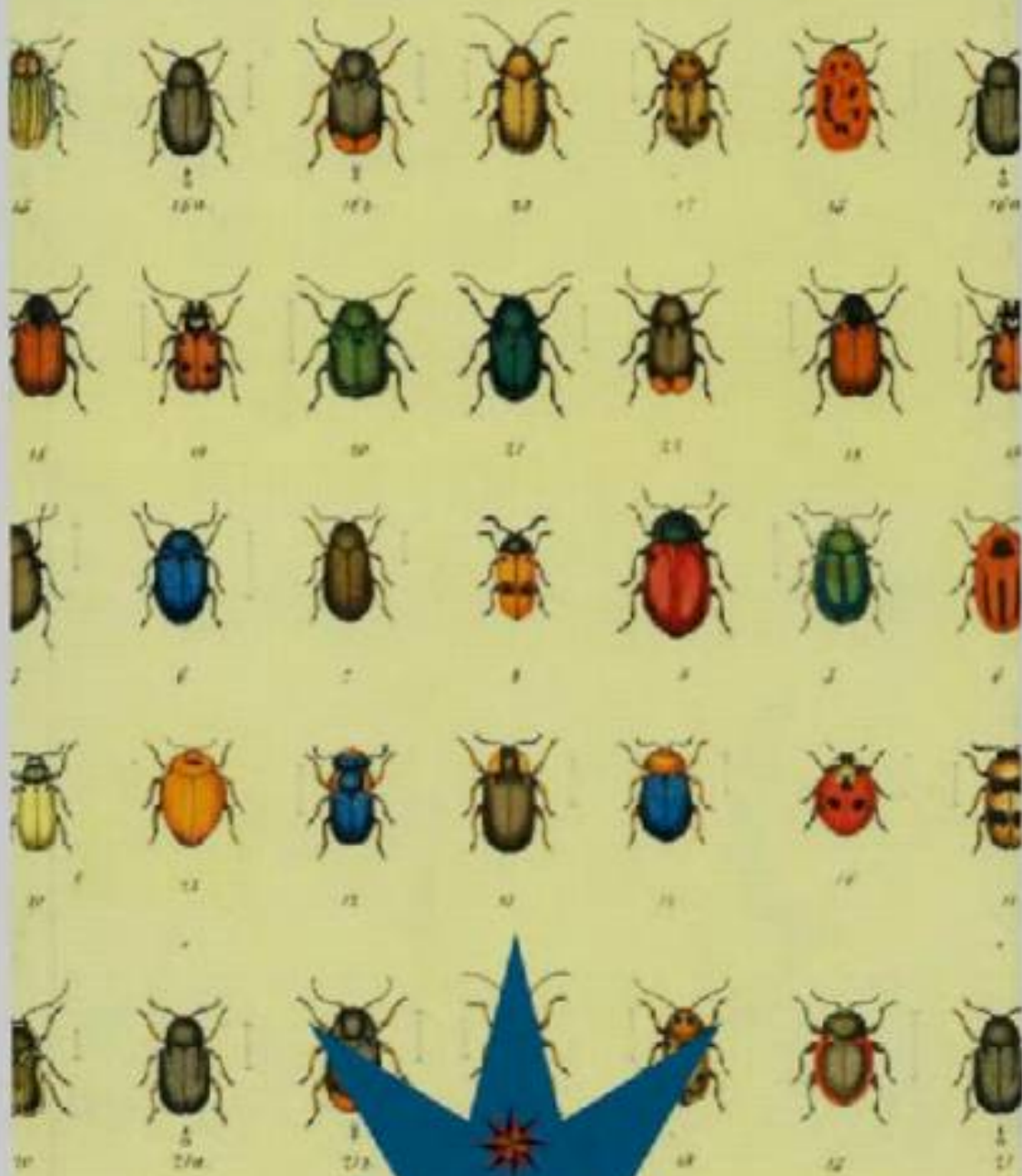


Federico Falco
UN CEMENTERIO PERFECTO



A José Adamo

Las liebres

El rey de las liebres terminó su café de un trago, apagó el fuego y apoyó el jarrito boca abajo, sobre una piedra todavía caliente. Después juntó los huesos que habían sobrado de la noche anterior y empezó a subir.

Más arriba, el bosque de pinos se abría a un prado de yuyos largos que el viento había revuelto. A cada paso, el rey de las liebres tenía que desenredar con sus piernas las hojas arqueadas de rocío, hasta que el bajo de sus pantalones se empapó por completo y el empeine de sus botas quedó cubierto de un salpicado fino de pajitas y briznas. Durante la noche, un manto de nubes había encallado en la cima de la montaña y a medida que el rey subía por el prado, el aire a su alrededor se cargaba más y más de unos vahos fríos, casi invisibles, que lo hacían temblar.

A mitad de camino, haciendo equilibrio sobre una mata, el rey de las liebres encontró una pluma de lechuza. La tomó del cabo, la miró al trasluz y la hizo girar: era perfecta, marrón a bandas negras, sin ninguna grieta. El rey guardó la pluma en el morral, junto a los huesos, y siguió subiendo.

El altar se levantaba casi en el borde del prado, antes de la cumbre. Era una gran piedra plana y, sobre ella, el montoncito de ofrendas. Adornados con chauchas de acacia y flores silvestres, los espinazos y las escápulas se entretejían formando una pirámide. El sol había blanqueado los huesos más viejos hasta astillarlos, pero en la parte de arriba, cerca del vértice, todavía brillaba la grasa untuosa que

los fémures y los arquiteos de las costillas iban exudando de a poco, a medida que se secaban.

El rey de las liebres se inclinó apenas un momento delante de la pirámide, buscó en su morral los huesos que le habían sobrado de la cena y con mucho cuidado los agregó en lo más alto. En la punta, acomodó la pluma de lechuza, engarzada en el ojal de una calavera. Después se arrodilló y se quedó allí un rato, en silencio, la frente pegada a la piedra, la punta gris de la barba enredada en el pasto.

Las liebres no tardaron en aparecer. Se alinearon en semicírculo, con las orejas tiasas y las hendiduras de los hocicos tanteando el aire, todas las liebres del prado. En ese momento exacto el sol surgió por sobre la montaña y un rayo rasante les tiñó de naranja el pelaje.

Cuando el rey se incorporó, encontró al lebrato agazapado frente a la pirámide. Temblaba pero muy quieto, el titilar de su corazón le alborotaba el cuello mientras los ojos no sabían dónde posarse. El rey lo tomó por las orejas y se lo mostró a la manada. La línea de liebres asintió en silencio y con tres saltos desapareció por el prado.

El rey entonces revoleó el lebrato por el aire y le descoyuntó las vértebras. Abrió su cortaplumas y, con la punta en el pelusón blanco, tanteó la vena. La sangre comenzó a manar sobre la piedra y sobre las hojas largas de los pastos y sobre las espigas reclinadas a su paso, mientras el rey de las liebres volvía hacia el pinar caminando lento, con la liebrita cogida por los garrones, boca abajo. El hocico súbitamente seco arrastraba a ras del suelo, la cabeza repique-teando entre las verbenas y las matas.

Para cuando terminó de comer, el sol ya había secado el pasto y el rey de las liebres pudo acostarse boca arri-

ba y cerrar los ojos y dejar que lo adormilara la luz brillante de la mañana. El cuero del lebrato se oreaba junto a la entrada de la cueva, limpio y tirante, cruzado por dos ramitas de álamo. Arriba, en el cielo completamente celeste, giraba un jote, pero alto.

Una vez, hacía un par de años, el rey de las liebres había matado a un jote. Le bastó un solo tiro de escopeta y el pajarraco cayó a pique, pesado y dando aletazos. El rey de las liebres lo clavó entonces en la horqueta de un pino, de cara al prado, con las alas abiertas y un tajo en el bajo vientre, por donde chorreaban las entrañas. Lo dejó allí para que los otros jotes supieran, y también los aguiluchos y los caranchos, hasta que el jote no fue más que algunas plumas reseca pegoteadas a la carcasa. Después, cuando llegó el verano, una tormenta le desgarró un ala y el esqueleto se partió en dos y quedó a merced del viento, siempre a punto de venirse abajo. Para entonces, el resto de los jotes se limitaban a sobrevolarlo, pero nunca visitaban el prado.

A la tarde el cielo volvió a cubrirse y por sobre las cumbres se asomó una tormenta oscura, de vientre azul bilioso. Tronó dos veces, cayó un rayo, y las liebres corrieron a sus madrigueras y se acurrucaron unas sobre otras, esperando a que escampara. Llovía y el rey tuvo que cubrirse los hombros con una bolsa de nylon. La humedad hinchó el paisaje y ablandó las ramas de los pinos, su corteza se volvió porosa y mullida. Sentado en la entrada de la cueva, el rey de las liebres mordisqueaba un brote de gramilla. No tenía manera de hacer fuego ni de calentar agua. En la grieta que usaba como estante, se alineaban el paquete de velas, el *tupper* de los fósforos, la sal, las pastillas para el dolor de muelas, una Biblia envuelta en una bolsa y algunas latas de duraznos. La escopeta estaba apoyada contra la piedra del fondo. En lo más profundo, a donde no solía lle-

gar el agua, se apilaban los cueros que el rey usaba de cama.

Se hizo de noche y siguió lloviendo, una garúa tranquila, que de tanto en tanto se hacía más intensa y se volvía torrencial. El rey de las liebres podía escuchar cómo el aguacero avanzaba en oleadas por el prado, hasta que el chaparrón ganaba el toldo de ramas y repiqueteaba sobre su bolsa de nylon. Después, en la oscuridad, otra vez llovía despacio.

El agua drenó por entre las piedras y en algún momento de la noche desde el techo de la cueva empezaron a desprenderse goterones. Entonces llovió sobre el *tupper* de los fósforos, sobre la ollita de aluminio, los cueros, las conservas y el rey insultó por lo bajo y trató de cubrir todo con viejas bolsas de supermercado.

Al amanecer, cuando ya no llovía, un zorro flaco salió al pajonal y recorrió los senderos. Al trote y con la cola gacha, fue de una punta a la otra, el hocico oliendo el suelo, las orejas paradas. Se detuvo un par de veces, volvió sobre sus pasos, husmeó entre las matas. El rey lo miraba desde su cueva, con la escopeta en la mano. El agua se escurría por sobre el lomo del zorro, tenía el pecho y las patas llenas de barro. Cuando encontró una de las madrigueras, las liebres se alzaron y corrieron. El zorro las persiguió a los saltos, su cola ondulaba detrás, salpicando. El rey se calzó la escopeta al hombro y lo buscó en la mira. La perdigonada tumbó al zorro y despatarró su cuerpo sobre el pasto. Agitadas, las liebres se detuvieron, lejos, y se quedaron mirándolo, mientras el pecho de a poco se les calmaba.

Comenzó a correr un viento suave y apartó las nubes como por capas. En la entrada de la cueva, las últimas gotas resbalaron sobre el plástico. El rey de las liebres estaba

empapado, las yemas de sus dedos se le habían convertido en puras arrugas blancas. Ni bien el sol estuvo un poco alto, el rey se desnudó y colgó su ropa de una sogá entre dos árboles. El pulóver pesado y oloroso, las medias, la camiseta, el pantalón. Sacó afuera la pila de cueros de la cueva y los desplegó sobre el pasto para que se secaran. Cuando terminó, se sentó en una piedra, contuvo la respiración y se abrazó con las dos manos. Dejó que sus dientes castañetearan hasta agotarse. Su pelo era una cortina fría que le caía sobre la cara y se deshilvanaba en mechones ásperos. El viento, de a poco, le fue secando la espalda.

Esa tarde, el rey de las liebres arrastró al zorro de la cola hasta llegar al borde del prado. Lo clavó a media altura, sobre el tocón de un pino que en otra tormenta había tirado abajo un rayo. Durante un par de días fue a mirarlo, y vio cómo el tórax se le inflaba y la lengua negra se le llenaba de gusanos.

En verano, las pampitas antes de la cima se cubrieron de cardales duros, que crecieron erguidos, largando hojas en cruz, a uno y otro lado. Las avispas y los moscardones zumbaban sobre ellos y cuando las movía el viento, las hojas se rozaban haciendo un ruido como de papel rasgado. En las noches de calor, todo se volvía lento, extático.

No había aletazos de murciélagos, no ululaban las lechuzas, las liebres no salían de sus madrigueras. El rey dormía sobre una cama de berros, a orillas de la vertiente seca, en un bajo encharcado que olía a podrido pero se mantenía fresco. A veces, algunos sonidos del pueblo lograban llegar al prado: sobre todo ladridos de perros, pero también rachas de música cuando había algún casamiento y, para año nuevo, bombas de estruendo y el relumbrón de los fuegos artificiales.

A la madrugada el calor menguaba un poco y empezaban a cantar los grillos. Los pinares crujían aliviados, estirándose, mientras la madera restallaba en sus vetas, todo a lo largo. Después subía el sol y las chicharras zumbaban como sierras metálicas. Las cosas se aquietaban, el aire parecía inflarse. Al mediodía, las liebres ya estaban sedientas y el rey se sacaba la ropa y se acostaba en medio del prado. Cerraba los ojos y dejaba que el brillo del sol se le impregnara en los párpados. En la pupila se le formaba un punto blanco que coleteaba como un gusano y dibujaba eses en su oscuridad rosada.

El rey de las liebres respiraba profundo y desde el sol descendía un rayo dorado que se posaba sobre su frente, le acariciaba el cerebro, le lamía el interior del cráneo. La luz del sol llenaba la cavidad de su boca, bajaba por su cuello, tomaba sus hombros, sus brazos, sus manos. Le rodeaba cada vértebra, cada hueso, los hacía refulgir, los levantaba. El rey se quedaba allí suspendido, sintiendo las briznas de paja despegarse de su espalda. La luz lo separaba del prado, de los tallos, de las hojas aplastadas. El rey de las liebres se elevaba, las yemas de sus dedos apenas rozando el pasto. El agua rebalsaba de su cuerpo y pequeños arroyos se deslizaban por sus sienes, por sus piernas, por la espalda. La transpiración manaba en hilos hacia la tierra, y las liebres, entonces, se acercaban despacio, agazapadas entre las florcitas, y alzaban las cabezas para beber a len-güetazos.

A principios del otoño, el rey se quedó sin fósforos. Durante unos días tuvo el fuego siempre prendido y cuidó las brasas. Ni bien llegó una noche sin luna, con el cielo despejado, el rey se colgó su morral al hombro, ajustó los cordones de sus botas y bajó por el pinar al cruce, siguiendo un sendero que solo él conocía.

Tardó casi cuatro horas en llegar al camino viejo. Desde allí siguió hacia abajo, siempre abajo, hasta entrever el pueblo en el fondo del valle, opaco y dormido, como en un regazo. En lo negro de la noche, los faroles de las casas formaban una red de puntos pálidos que copiaba las curvas del río, trepaba por las laderas y parecía posarse sobre las montañas. El rey se quedó un rato mirándola y esperó que las últimas luces se apagaran. Después siguió el sendero de ovejas que zigzagueaba ladera abajo.

Se descalzó al llegar al vado y escondió sus botas en las raíces de un eucalipto viejo que hacía tiempo una crecida había arrancado de cuajo. A su alrededor, el sonido del río en las piedras se esparcía entre los árboles y la claridad escasa de las estrellas apenas si le sacaba destellos al agua. La correntada fría le envolvió los tobillos mientras cruzaba. Cuando pasó junto a ellas las cabras de Turello se arremolinaron en el corral. El rey iba descalzo y pisaba con cuidado. En la oscuridad se escuchó a una cabra, que dejó escapar un meo largo.

Las calles del pueblo estaban vacías. Solo la camioneta de Camilito Jara dormía al sereno, bajo un algarrobo, lista para salir a primera hora a hacer el reparto. Por la calle principal un borracho avanzaba en zigzag con su bicicleta. A cada vuelta el pedal rozaba la corona y pulsaba con un chasquido, y el borracho se alejó murmurando algo, pero bajito, como para adentro, sin ver al rey agazapado detrás de un árbol.

Frente al bar de Betone quedaban dos viejos reclinados en sus sillas, la vista perdida en los cipreses de la plaza. Para no pasar frente a ellos, el rey de las liebres dio la vuelta a la manzana, y caminó por las sombras, apretándose contra las fachadas. Al final, cruzó corriendo la calle y se metió por el callejón que surgía al costado de la Cooperati-

va Eléctrica. El perro del viejo Smutt le reconoció los pasos y alzó la cabeza para atrapar en el aire el anca de liebre que él siempre le llevaba.

Más allá de las enredaderas que cubrían el alambrado, el rey pudo ver los fondos de la casa de Wesner, la luz prendida en el cuarto, la hija más grande en camisón, desplegando las sábanas sobre la cama. Una gallina cloqueó sobre un palo. Brillaron los culos de botellas en el tapial de la viuda de Calzolari. El rey siguió caminando, callejón adentro, hasta poder oler el orín picante de los murciélagos del palomar abandonado. Trepó el tapial de un solo salto y enseguida estuvo del otro lado. Con dos flashes de linterna volvió a reconocer el terreno. En el patio de Baruk nada había cambiado. El rey caminó entre cajones de gaseosa, baterías viejas, los hierros retorcidos de lo que alguna vez había sido una bicicleta. Para alcanzar el ventiluz del baño no tuvo más que subirse a una de las sillas de la galería y agarrarse del marco. Por un rato largo se quedó parado sobre la loza del inodoro sin tapa, hasta asegurarse de que todo adentro estaba quieto y callado.

La luz de la calle se colaba por los vidrios de la ventana y llenaba el almacén con una penumbra opaca. El único sonido en el interior del negocio era el del motor de la heladera, ronroneando bajo. El rey ni siquiera necesitó prender la linterna: en su morral cargó fósforos, harina, un paquete de sal, una lata de tomates cubeteados, dos bolsas con lentejas. Su secreto para que Baruk no notara los faltantes era robar solo lo mínimo: si había siete cajas de fósforos, tomar nada más una. De las quince latas de duraznos, sacar las dos de más atrás. De la caja de aspirinas, quitar apenas una tableta. Un auto pasó por la ruta y el rey de las liebres se agachó detrás del mostrador, pero los faros del coche no llegaron a iluminar las estanterías y el auto enseguida desapareció por la cuesta. Antes de salir, el rey to-

mó un puñado de caramelos de un pote, tres chupaletas, un chocolate grande. Afuera lo esperaban el cricri de los grillos y el aire que corría fresco por sobre los yuyos del patio. El rey desanduvo su camino con el morral cargado, las hojas secas del pueblo crujiendo bajo sus pies descalzos.

Al pasar frente a la casa de Biglia se detuvo a cortar dos rosas que escapaban por sobre el tapialcito y brillaban bajo el farol del alumbrado. El rey de las liebres ya se imaginaba lo bien que quedarían al día siguiente, encastradas entre los huesos, en lo más alto de la pirámide, cuando escuchó una voz a sus espaldas.

¿Quién sos vos? ¿Qué hacés ahí? Una linterna lo iluminaba.

El rey alzó el brazo y se tapó la cara. La luz refuciló sobre su barba.

¿Qué llevás en ese bolso?

El rey dudó un instante. Después, corriendo, se escurrió hacia un costado.

¡Alto! ¡Parate o tiro!, escuchó que le gritaban.

Se encendieron luces en algunas casas. Todos los perros del pueblo ladraron. El rey ya no miraba donde ponía los pies y junto al cordón cuneta se lastimó con un hierro o una lata. Se hizo un tajo grande, profundo. A cada paso sentía el latir de la herida y resbalaba sobre su propia sangre. Cuando ya no dio más, saltó un tapial y se escondió entre unas plantas.

Las voces, mientras tanto, crecían en la calle.

Por acá, por este lado, se avisaban. Un tipo con una barba espesa, así de larga.

El rey escuchaba las corridas, los pasos, la gente que se llamaba.

Tranquilo, tranquilo, se susurró a sí mismo.

Por favor, que no me encuentren, murmuró con los ojos cerrados.

Para allá, para la plaza, gritaron entonces las voces y parecieron alejarse.

El rey había caído dentro de la quinta de los Tántera. Las ventanas de la casa estaban cerradas, no se veían luces, no lo habían oído meterse en el patio. El rey avanzó en cuclillas por entre los canteros de lechuga, las plantas de tomates, la herida le sangraba. Se tropezó con algo, cayó al suelo, se escuchó un retumbar de tachos. El viejo Tántera levantó una persiana.

¿Qué pasa, Bautista? ¿Qué pasa?, el rey escuchó que preguntaba doña Amanda.

Calíate vos, le contestó Tántera. Andá a encerrarte al baño.

Escondido entre las achiras, el rey vio el relumbro de una escopeta asomada a la ventana.

Te voy a dar yo, dijo Tántera y el disparo resonó en todo el pueblo e hizo eco en los faldeos de las montañas.

Las palomas levantaron vuelo como en un tropel de aplausos y miles de gallinas se pusieron a cacarear desesperadas. Otra vez empezaron a ladrar los pocos perros que ya se habían callado. Doña Amanda gritaba, encerrada en

el baño. El rey corrió como pudo, llevándose por delante unos fardos de alambre.

¡Para allá! ¡Para aquel lado!, se avisaron los de la plaza.

En el pueblo ya no quedaba una sola luz apagada.

El rey de las liebres saltó cercas, saltó tapias. Algo le raspó las piernas, algo se le clavó en la mano. Se subió al tinglado de la cochería de Broilo. Dejando un rastro de sangre, lo cruzó a trancos largos. Un perro toreaba abajo, desahorado. El rey de las liebres se trepó al techo de la carpintería de Visnovsky, sus pasos retumbaban sobre las chapas. La parte de atrás del galpón daba al río. El rey se descolgó por las cañerías del desagüe y escondió su morral entre el pasto. Antes de saltar, buscó en el reflejo el centro de la corriente. Su cuerpo se hundió en el agua fría y el rey recogió las rodillas, rogando que no hubiera piedras en esa parte. Cuando abrió los ojos, no vio nada. Lo envolvían burbujas negras, sintió como le acariciaban la cara. El murmullo del cauce y la arena hacían presión sobre sus oídos. En un torbellino, el aire se le escapó del pecho. El rey ya no sabía dónde era arriba y dónde era abajo. Extendió los brazos, las piernas se le abandonaron a los rápidos y el agua empujó su cuerpo hacia lo alto. El rey de las liebres emergió a la noche oscura y dio una gran bocanada. Las luces del pueblo, cada vez más pequeñas, a sus espaldas. Dea poco el río se fue serenando y el rey de las liebres dejó que lo arrastrara.

Tardó tres días enteros en volver al prado. Para esquivar el pueblo, tuvo que dar un gran rodeo por la montaña, atravesando pinares, descalzo y con la herida del pie envuelta en un trapo. Cuando por fin llegó, encontró los huesos de la pirámide desparramados sobre la piedra y a

un jote escarbando. Intentó espantarlo moviendo los brazos, pero el jote apenas si lo miró y siguió con lo suyo. Entonces el rey buscó la escopeta y le voló la cabeza de una perdigonada. Después estuvo toda la tarde limpiando el plumerío y la sangre y volviendo a armar la pirámide.

Las liebres lo miraban de lejos. Pasaron dos días antes de que volvieran a confiarle un lebrato.

Cristina llegó al prado un atardecer de cielo claro, sin una nube. Salió del bosque como perdida y caminó con los brazos cruzados sobre el pecho, hasta que lo vio sentado junto a la fogata.

El rey pelaba una ramita de álamo. Ella tenía puesto un vestido amarillo que él no le conocía, un bolso en banderola y el pelo recogido con un pañuelo floreado.

Oscar, ¿sos vos?, le dijo.

El rey asintió.

Todo este tiempo estuviste acá.

Sí.

Y bajabas al pueblo a robar comida.

A veces, solo lo necesario.

Cristina se tapó la cara con las dos manos y se largó a llorar.

El rey de las liebres se quedó mirando el suelo, hasta que la respiración de ella volvió a aquietarse y Cristina tiró hacia atrás del pañuelo que le cubría la cabeza y se lo pasó por los ojos y por los labios. Sobre la frente le asomaba un mechón de canas duras, como electrizadas.

¿Con quién viniste? ¿Quién te enseñó el camino?, le preguntó el rey.

Buckio hace mucho me contó que estabas acá, pero yo no quise creerle, dijo Cristina.

¿Y ahora?

Ahora encontraron el morral. Hasta hubo gente que te reconoció esa noche, enseguida salieron a decir que eras vos.

¿Quiénes?

Betone y todos los del bar. Betone fue el que empezó.

¿Les dijiste que era mentira?

Sí, un montón de veces les repetí que no podía ser.

¿Dónde les contaste que estaba?

Lejos, en Estados Unidos.

¿Haciendo qué?

Trabajando.

¿Te creyeron?

Creo que sí, no sé.

¿Y Buckio?

Buckio murió, el invierno pasado.

El rey asintió.